

los caisitas y recibió sus juramentos. (1)

En cuanto á las deliberaciones de los kelbitas en Dahhac, no duraron menos de cuarenta días. Querian Ibn-Bhadal y sus amigos el califato para Khalid, no se engañaban los caisitas al suponerle este desig-
nio, y Hosain no podia hacer aceptar á Merwan su candidato. Bien podia decir: «Y qué! «cuando nuestros enemigos nos oponen un «hombre maduro, le pondremos enfrente un «jóven casi un niño?» pero se le respondía que Merwan era demasiado poderoso. «Si «Merwan obtiene el califato decian, todos «seremos sus esclavos: tiene diez hijos, diez «hermanos y diez» sobrinos.» (2) Además se le consideraba como extranjero. La rama de los Omeyas á que pertenece Khalid, estaba naturalizada en la Siria, pero Merwan y su familia habia residido siempre en Medina. (3) Cedieron al cabo Ibn-Bhadal y sus amigos, aceptaron á Merwan pero haciéndole comprender que, confiándole el califato le hacian un gran favor que les autorizaba para exigirles condiciones tan duras como humillantes. Merwan tuvo que

(1) »Hamasa,» p. 318.

(2) Ibn-Khaldun, fól. 172 v.

(3) Véase «Hamasa,» p. 659 v. 5 del poema.

obligarse solemnemente á confiar á los kelbitas todos los empleos importantes, á gobernar segun sus consejos, y á pagarles anualmente una suma muy considerable.

(1) Ibn-Bahdal hizo disponer además, que el jóven Khalid fuera el sucesor de Merwan y que entretanto, tuviera el gobierno de Emesa. (2) Así arregladas las cosas, uno de los jeques de la tribu de Sacun, Malic hijo de Hobaira, que se habia señalado celoso partidario de Khalid, dijo á Merwan con aire altivo y amenazador. «No te prestaremos el juramento que se presta á los Califas, á los sucesores del Profeta, porque «combatiendo bajo tu bandera, solo tenemos en consideracion los bienes de este mundo. Si nos tratas bien como Moawia «y Yezid, te ayudaremos, si nó á tu costa «has de experimentar que no tenemos mas «predileccion por tí que por cualquier otro «coreiscita.» (3)

Terminada la dieta de Djabia, á fines de Junio de 684 (4) más de siete meses des-

(1) Masondi—Esto se parece bastante á la «capitulacion» que la nobleza danesa hacia jurar al que elegia rey.

(2) Ibn-Khaldun.

(3) Masudi.

(4) Ibn-Khaldun.

pues de la muerte de Yezid, Moawia acompañado de los Kelb, de los Ghassan, de los Sacsac, de los Sacum y de otras tribus yemenitas, marchó contra Dabhac, á quien habian enviado refuerzos los tres gobernadores de su partido. Zofar mandaba personalmente los soldados de Kinnesrina, su provincia. Durante su marcha, Merwan recibió una nueva tan grata como inesperada: Damasco se habia declarado en su favor. Un jeque de la tribu de Ghassan en lugar de ir á Djabia se habia quedado oculto en Damasco. Cuando supo la eleccion de Merwan, reunió á los yemenitas y se apoderó de la capital por un golpe de mano, y obligó al gobernador puesto por Dahahac, á buscar su salvacion en una fuga tan precipitada, que hubo de abandonar hasta el tesoro público. Apresuróse el audáz ghasanita á informar á Merwan del éxito de su empresa, y á enviarle dinero, armas y soldados. (1)

Frente á frente los dos ejércitos, ó más bien los dos pueblos, en la pradera de Rahita pasaron veinte dias en duelos y escaramuzas. Al fin el combate se hizo general. Fué sangriento como ninguno, dice un his-

(1) Ibn-al-Athir, t. III, fól. 84 v; Ibn-Khaldun.

torizador árabe, y los caisitas despues de haber perdido ochenta de sus jeques, entre los que se contaba el mismo Dhahhac, sufrieron una gran derrota. (1)

Jamás se olvidó entre caisitas y kelbitas esta batalla de la Pradera, setenta y dos años mas tarde puede decirse que se continuó en España. Era el asunto que los poetas de ambas facciones rivales, trataban con preferencia; estos, con cantos de gozo y de triunfo, aquellos con gritos de dolor y de venganza.

Cuando ya todos huian, Zafar tenía á su lado dos jeques de la tribu de Sacun. Su caballo era el único que podia luchar en la carrera con los de los kelbitas que los perseguian, y viendo sus dos compañeros que los enemigos iban á alcanzarlos le gritaron: «Huye Zofar, huye, van á matarnos.» Aguijando su caballo, Zafar se salvó: sus dos amigos fueron muertos (2)

Qué dicha decía mas tarde, que dicha podrá gozar despues que abandoné á Ibn-Amir y á Ibn-Man, despues que Hamman (3) ha

(1) Ibn-al-Athir; Ibn-Khaldun. Véase la nota B al fin de este volumen.

(2) Massudi.

(3) Jefede los Nomair; véase «Hamasa» p. 318.

sido muerto? Nadie jamás me conoció cobarde, pero aquella funesta noche cuando nos perseguían, cuando rodeado del enemigo ninguno acudía á socorrerme, esa noche yo abandoné á mis dos amigos, yo me salvé como un cobarde!... Un sólo dia de debilidad oscurecerá para siempre todas mis hazañas, todas mis acciones heroicas? Dejaremos descansar á los kelbitas? No les herirán ya nuestras lanzas? Quedarán sin venganza nuestros hermanos muertos en Rahita?... sin duda la yerba descansará sobre la tierra nuevamente removida que cubre sus huesos, pero nunca los olvidaremos, siempre alimentaremos para nuestros enemigos, un odio implacable. ¡Muger! dame mis armas. En mi opinion, la guerra debe ser eterna. En verdad, que la batalla de Rahita, ha abierto entre Merwan y nosotros un abismo. (1)

Un poeta kelbita, le respondió en un poema de que no nos ha quedado mas que estos dos versos:

En verdad, que en la batalla de Rahita, Zafar contrajo una dolencia de que no curará jamás. Jamás cesará de llorar á los Solaim, los Amir y los Dhobijan, muer-

(1) Massudi; «Hamasa» p. 72; «Raihan» fól. 187 v; Ibn-Badrún p. 185; «Hamasa» Bohtori fól. 187 v.

tos en este combate, y engañado en sus esperanzas más queridas, renovará sin descanso con sus poesías el dolor de las viudas y de los huérfanos. (1)

Otro poeta kelbita, (2) cantó la victoria de sus contributos. ¡Qué vergüenza para los caisitas, mientras que huían á todo correr, abandonaban sus banderas, que caían, «semejantes á los pájaros que cuando tienen «sed, comienzan por describir muchos círculos en el aire y luego se precipitan en el «agua.» Enumera el poeta uno por uno, á los jeques caisitas, cada tribu llora la pérdida del suyo! Cobardes! habían sido heridos en las espaldas! «Ciertamente hubo en «la Pradera, hombres que se estremecían «de gozo, eran los que cortaron á los caisitas, narices, orejas y manos, eran los que «los castraron.»

(1) «Raihan,» fól. 187 v.

(2) «Hamasa,» p. 317 donde se debe leer Klebi» en lugar de «Kilabi;» c. f. p. 656.

VII.

Mientras que Merwan, dueño de la Siria á consecuencia del triunfo alcanzado en la Pradera de Rahita, iba á someter el Egipto, Zofar, jefe ya de su partido, se encerró en Carkisia, fortaleza de la Mesopotamia, al Este de Kinnerina donde el Kabur (Chaboras,) mezcla sus aguas con las del Eufra-tes. Poco á poco, llegó á ser Carkisia, el centro de los caisitas. No siéndoles posible, las grandes empresas militares tuvieron que limitarse á una guerra de emboscadas y de sorpresas nocturnas; pero en cambio la hicieron á sangre y fuego. Mandados por Omar, hijo de Hobab, teniente de Zofar, saqueaban los campos kelbitas del desierto de Semawa, no daban cuartel, llevando su

cruidad hasta abrir el vientre á las mujeres, y cuando Zofar los veía volver cargados de botin y cubiertos de sangre:

Keibitas, decía, ahora los tiempos se tornan duros para vosotros: nos vengamos, os castigamos. En el desierto de Semawa no encontrareis seguridad; abandonadle pues, llevad con vosotros al hijo de Bahdal, é id á buscar un refugio allí donde viles esclavos cultivan olivos. (1)

Sin embargo, los caisitas no tuvieron en esta época, mas que una importancia secundaria. Verdad es que Carkia, era el terror y el azote de los comarcanos, pero despues de todo, no pasaba de un nido de ladrones, que no podia inspirar á Merwan sérios temores y como ante todo le importaba conquistar el Irac, tuvo que combatir enemigos mucho más formidables.

El Irac, ofrecía entónces un curioso espectáculo. Las doctrinas mas singulares y á veces las mas estravagantes, se disputaban la opinion; la herencia y la eleccion, el despotismo y la libertad, el derecho divino y la soberanía nacional, el fanatismo y la indiferencia luchaban entre si; los ára-

(1) «Raihan,» fól. 187 v. cf. «Nouveau Journ. asiat,» t. XIII, p. 301.

bes vencedores y los vencidos persas, los ricos y los pobres, los visionarios y los incrédulos combatían unos contra otros. Había en primer lugar, moderados que no querían ni á los Omeyas ni á Ibn-Zobair. Acaso ningún iracano simpatizaba ni con el carácter de este ni con los principios que representaba; pero habiendo fracasado lo mismo en Basora que en Cufa, todas las tentativas hechas para constituir un gobierno nacional, los moderados acabaron por reconocerlo, creyéndolo el único capaz de mantener un poco de orden en la provincia. Unos, musulmanes sin repugnancia, pero también sin fervor, vivían naturalmente en una vida pacífica, dulce y perezosa; otros menos cuidadosos de lo futuro, sustituían la duda á el entusiasmo, la negación á la esperanza. No adoraban ni sacrificaban más que á un Dios; y este Dios era el placer sensual. El elegante y espiritual Omar ibn-abi-Rabia, el Anacreonte arábigo, había escrito su liturgia. Ahnaf y Haritha, los nobles más considerados é influentes de Basora representaban los dos matices de este partido. El

(1) Ibn-Khaliqán, t. I, p. 323 y sig. ed. Slane; Ibn-Nobata, «apud.» Rasmussen, «Aditamenta ad »historiam Arabum,» p. 11 y sig. del texto.

nombre del primero se halla mezclado á todos los acontecimientos de esta época, pero siempre como consejero, nunca como actor. Jeque de los Temin, gozaba de consideración tan ilimitada en su tribu, que Moawia tenía costumbre de decir: «Si monta «en cólera, cien mil Teminitas participan de «su enojo sin preguntarle la causa.» Por fortuna no era capaz de ello; su longanimidad era proverbial; hasta cuando llamaba su tribu á las armas era sabido que lo hacía por complacer á su amada, la hermosa Zabra, que lo dominaba completamente. «Zabra está hoy de mal humor, murmuraban entónces los soldados.» Como tomaba en todas las cosas el justo medio, su devoción estaba entre el fervor y la indiferencia. Hacía penitencia de sus pecados, pero esta penitencia no era demasiado dura. En espriacion de cada uno, pasaba un dedo por la llama de una bugía, y exclamaba dando un pequeño ¡ay! ¿por qué has cometido tal pecado? Dejarse guiar por su egoismo prudente y reflexivo, pero que no llegaba á la duplicidad, ni á la bajeza; guardar neutralidad entre los partidos mientras podía; acomodarse con cualquier gobierno, por ilegítimo que fuera, sin condenarlo, pero tam-

bien sin adularlo, ni buscar sus favores, hé ahí la línea de conducta que se había trazado desde su juventud, y de la que no se apartó jamás. Carácter sin expansion, sin abnegacion, sin grandeza, este representante del justo médio y de la vulgaridad egoísta, este amigo de las contemplaciones y de los términos médios, era tan incapáz de inspirar entusiasmo, como de sentirlo, pero todos le querian por su dulzura, su amabilidad, su génio igual y conciliador.

Magnífico y culto representante de la antigua nobleza pagana, pasaba Háritha por atrevido bebedor y no negaba que lo fuese. El distrito que prefirió cuando tuvo que elegir una provincia, fué el que cosechaba los más esquisitos vinos. Sus creencias religiosas no eran tampoco un misterio para sus amigos. «¡Cuán extraño espectáculo, decía «un poeta de su familia, es ver á Háritha «asistir á la oracion pública, él, mas increíble que un asno.» (1) Pero estaba dota-

(1) Mobairad, p. 699. Hemos traducido como el texto árabe según la nota de Dozy: afortunadamente, la lengua española permite dejar á la frase toda su enérgica sencillez, sin que una artificiosa elegancia, impida que se nombren seres que por lo demás no despiertan ideas repugnantes ni inmora-les. (N. del T.)

do de una exquisita cortesía, se encomiaba su conversacion juntamente alegre é instructiva, (1) y por su bravura se distinguía honrosamente de sus conciudadanos. Porque, preciso es decirlo, los iracanos mostraban casi siempre una increíble cobardía. Siendo aun Obaidallah gobernador de la provincia; dos mil iracanos, enviados por él á reducir á unos cuarenta no-conformistas, no se habian atrevido á atacarlos. «Me cuidado muy poco de que Obaidallah pronuncie «mi elogio fúnebre; prefiero que me riña,» decía su general.

Los dos partidos restantes, el de los no-conformistas, y el de los Siitas se componian entrambos de creyentes fervientes y sinceros. Pero estas dos sectas que casi se confundian en el punto de partida se separaron en su desarrollo cada vez más y concluyeron por comprender la religion y el Estado de una manera diametralmente opuesta.

Eran los no-conformistas, almas nobles y entusiastas que, en un siglo de egoismo; conservaban la pureza de corazon; que no ponían su ambicion en los bienes terrenos, que tenian de Dios una idea demasiado ele-

(1) Ibn-Khallican, t. I, p. 325 de Slane.

(2) Mobarrad, p. 651.

vada, para servirle maquinalmente, y adormecerse en una piedad vulgar y fácil, eran los verdaderos discípulos de Mahoma, pero de Mahomá tal como era en la primera época de su mision, cuando la virtud y la religion llenaban solas su alma entusiasta, mientras que los ortodoxos de Medina, eran más bien los discípulos del otro Mahoma, del impostor, cuya insaciable ambicion aspiraba á conquistar el mundo con la espada. En un tiempo en que la guerra civil assolaba las provincias del vasto imperio, cuando cada tribu hacía de la nobleza de su origen, título para el poder, ellos se atenían á estas hermosas palabras del Coran: «Todos los musulmanes son iguales» «No nos preguntes «decían, si descendemos de Cais ó de Temin; «todos nosotros somos hijos del islamismo, «todos nosotros prestamos homenaje á la «unidad divina, y el que Dios prefiere es el «que mejor le muestra su gratitud.» (1) Pero si predicaban la igualdad y la fraternidad, era porque se reclutaban en las clases obreras, mas bien que en la nobleza. (2) Justamente indignados de la corrupcion de sus contemporáneos que se entregaban sin

(1) Mobarrad, p. 588.

(2) Mobarrad, p. 704.

escrúpulo y sin vergüenza á todas las disoluciones, y á todos los vicios, creyendo que les bastaba para limpiarse de pecado asistir al culto público y hacer su peregrinacion á la Meca; predicaban ellos que es insuficiente la fé sin obras, y que los pecadores serán condenados lo mismo que los incrédulos. (1) En efecto, se tenian entónces las ideas más exageradas acerca del poder absoluto de la fé. Y qué era esta fé despues de todo? La mayoría de las veces un puro deísmo, nada más.

Los espíritus ilustrados de costumbres relajadas, si por casualidad creian en el cielo, pensaban conquistarlo con poco trabajo. «Qué tienes preparado para semejante dia?» preguntó el piadoso teólogo Hasan de Bassora, al poeta Ferazdac «el Perdido,» que concurría con él á un entierro. El testimonio que doy hace sesenta años de la unidad de Dios, repuso tranquilamente el poeta. (2) Los no-conformistas, protestaban contra esta teoría. «Por esa cuenta, el mismo Satanás hubiera escapado á la condenacion eterna; no está él convencido de la «unidad de Dios?» (3)

(1) Chahrastani y Mobarrad, «pasim.»

(2) «Nouveau Journ. asiat, t. XIII p. 543.»

(3) Chahrastani, p. 91.

A los ojos de una sociedad ligera, frívola, escéptica, semi-pagana, religion tan apasionada, unida á tan austera virtud, fué una heregía. Es preciso estirparla se decía, porque sucede á veces, que el exepcticismo proscribela piedad en nombre de la filosofía, como suele la piedad proscribir en nombre de Dios la razon independiente. Por su parte, el gobierno se alarmaba no sin motivo con estos democratas, con estos niveladores. Los Omeyas hubieran podido consentirlos y hasta aplaudirlos si se hubiesen limitado á declarar, que los gefes del partido ortodoxos, los llamados santos del islamismo como Talha, Zobair, Alí y Aixa, la viuda del Profeta, no eran sino ambiciosos hipócritas; pero fueron más allá. Sin contar que, á ejemplo de los ortodoxos de Medina, trataban de incrédulos á los Omeyas y disputaban á los Coreiscitas el derecho esclusivo al califato, negando atrevidamente, que el Profeta hubiese dicho que el gobierno espiritual y temporal estaba vinculado en esta tribu. Predicaban, que cualquiera podía ser elegido Califa fuera de la condicion que fuera, ora perteneciera á la más alta nobleza, ora al rango social mas ínfimo, ya fuera coreiscita ó esclavo, tema

peligroso que minaba en su raíz el derecho público. Había mas: soñando en una sociedad perfecta estas almas cándidas y apasionadas por la libertad, predicaban que el Califato solo era necesario para contener á los malvados, y que los verdaderos creyentes, los hombres virtuosos, podían pasarse sin él. (1) Dándose la mano el gobierno y la aristocracia del Irac, para anonadar por un esfuerzo comun á los no-conformistas y á su doctrina, como ántes la nobleza siria habia secundado á los Omeyas, en su lucha con los compañeros del Profeta, comenzó una persecucion cruel y terrible, dirigida por el gobernador Obaidallah. Aquél escéptico, aquel filósofo, aquel que habia hecho matar al nieto del Profeta, derramó á torrente la sangre de esos hombres, que en el fondo de su alma debía mirar como los verdaderos discípulos de Mahoma, No porque fueran temibles por el pronto: vencidos por Alí en dos sangrientas batallas, no predicaban ya en público, se ocultaban, habian hasta depuesto á su jefe, porque desaprobaba su inaccion y su comercio con los árabes que no eran de su secta, (2) pero eran, y sus

(1) Chahrastani y Mobarrad, p. 87 90.

(2) Mobarrad, p. 575.

enemigos lo sabian muy bien, fuego escondido en la ceniza que sólo necesitaba aire para reanimarse. Propagaban en secreto sus principios con una elocuencia viva, arrebatada, arrastradora, irresistible porque nacía del corazón. «Es preciso que ahogue en «germen, esa heregía respondió Obaidallah, «cuando se le dijo que estos sectarios no eran «bastante peligrosos para motivar tantas «crueldades; esos hombres son mas temibles que pensais, sus menores palabras «encienden los espíritus como la ligera chispa hace arder un monton de juncos.» (1)

Los no-conformistas, sostuvieron esta ruda prueba con una firmeza verdaderamente admirable, Tranquilos y resignados iban al cadalso con paso firme, recitando oraciones ó versículos del Coran, y recibian el último golpe glorificando al señor. Ninguno de ellos faltó jamás á su palabra para salvar su vida amenazada. Un agente de la autoridad, arrestó á uno de los sectarios en la calle. «Permitidme entrar un momento en «casa le dijo el no-conformista á fin de que «me purifique y en seguida ore.—Y quién «me responde de que vuelvas?—Dios,

(1) Id. p. 647.

«replicó el no-conformista y volvió.» (1) Otro encerrado en la prision asombró hasta á su carcelero por su piedad ejemplar y su elocuencia persuasiva. »Vuestra doctrina «me parece hermosa y santa y quiero servirlos. Os permitiré pues, ir á ver vuestra familia, durante la noche, si me prometeis volver al romper el alba.—«Os lo prometo,» le respondió el no-conformista, y desde entónces le dejó salir el carcelero todas las tardes despues de ponerse el sol. Pero una noche que el no-conformista estaba con su familia, vinieron á decirle que el gobernador, irritado porque habian asesinado á uno de sus verdugos, había dado orden de decapitar á todos los herejes que se hallaban en la prision. Apesar de los ruegos de sus amigos, apesar de las lágrimas de su mujer y de sus hijos que le conjuraban á no entregarse á una muerte segura, el no-conformista volvió á su prision diciendo: «Podría presentarme delante de Dios habiendo faltado á mi palabra?» Vuelto á su calabozo y viendo pintada la tristeza en el rostro del buen carcelero. «Tranquilizaos, «le dijo; conocía la orden de vuestro señor.»

(1) Id. p. 659.

—«La conocíais y habeis vuelto!» exclamó el carcelero lleno de asombro y de admiración. (1)

También las mujeres rivalizaban con los hombres en valor. Advertida la piadosa Baldja de que Obaidallah había pronunciado su nombre la víspera, lo que equivalía en su boca á una sentencia de muerte, rehusó esconderse como sus amigos le aconsejaban. «Peor para él si me manda prender, puesto que Dios le castigará;» dijo ella «pero no quiero que ninguno de mis hermanos sea molestado por culpa mia.» Serena y resignada esperó á los verdugos, que despues de cortarle manos y piernas arrojaron el tronco en el mercado.» (2)

Tanto heroismo, tanta grandeza, tanta santidad, escitaban el interés y la admiración de las almas justas, é imponian algunas veces respeto hasta á sus verdugos mismos. A la vista de aquellos hombres demacrados y pálidos, que apenas comian ni dormian, (3) y que parecian rodeados de una aureola de gloria, un santo terror detenia el brazo que iba á herirlos. Mas

(1) Mobarrad, p. 647, 648.

(2) Id. p. 647.

(3) Chahrastani, p. 89; Mobarrad, p. 590.

adelante, no fué ya el respeto, sino el miedo el que les hizo dudar. La secta perseguida se convirtió en una sociedad secreta, cuyos miembros eran solidarios. Al día siguiente de cada ejecución se estaba seguro de encontrar asesinado al verdugo. (1) Esto era ya un principio de resistencia armada, pero que no satisfacía á los más exaltados del partido. En efecto, bajo el punto de vista de la secta y aun de los musulmanes en general, la paciente resignación á los suplicios, lójos de ser un mérito, se reputaba debilidad. La iglesia musulmana es esencialmente militante, tomada esta palabra en otro sentido que en la iglesia católica. Así mismo reprochaban los exaltados á los moderados su comercio con los «ladrones, malvados é incrédulos», (2) su inacción, su cobardía, y asociándose á estas censuras, los poetas escitaban á tomar las armas, (3) cuando se supo que el ejército de Moslin iba á asediar las dos ciudades santas.

Este fué un momento decisivo para la secta de que Nafi, hijo de Azrac, era en-

(1) Mobarrad, p. 648 y sig.

(2) Id. p. 577.

(3) Id. p. 577.

tonces el hombre más eminente. Voló con sus amigos á la defensa del sagrado territorio, y Ibn-Zobair, que decía que para combatir á los árabes de la Siria aceptaría el socorro hasta de los Dailemitas de los Turcos, de los paganos y de los bárbaros, (1) los recibió con los brazos abiertos, y aun les aseguró que participaba de sus doctrinas. Durante el sitio de la Meca, hicieron los no-conformistas prodigios de valor; pero no tardaron en apercibirse de que era imposible toda union entre ellos, y el jefe de la alta Iglesia. Volvieron, pues á Basora, y aprovechándose despues del universal desorden, se establecieron en la provincia de Ahwas, despues de haber espulsado á los empleados del gobierno.

A partir de esta época, los no-conformistas, los de Ahwas al menos, que los árabes llaman Azrakitas, del nombre del padre de Nafi, no se contentaron con romper todo comercio con los árabes de otras sectas, ni con declarar que era un pecado asociarse con ellos, comer los animales que ellos mataban y tratar matrimonio con sus fami-

(1) Id. p. 678.

lias, sino que exasperados por muchos años de persecucion y movidos por la venganza desplegaron un carácter feróz y cruel, sacaron de sus principios las consecuencias más estremas, y encontraron en el Coran, que interpretaban, como algunas sectas de Inglaterra y Escocia, interpretaron la Biblia en el siglo XVII, argumentos para justificar y santificar su ódio implacable. Todos los demás árabes eran á sus ojos incrédulos ó pecadores, lo que venía á ser lo mismo, era pues preciso estirparlos si rehusaban aceptar las creencias del pueblo de Dios, pues que Mahoma solo habia dejado á los árabes paganos la eleccion entre el mahometismo y la muerte. Á ninguno debía perdonarse, ni aun á las mujeres y niños de pecho, porque Noé decia en el Coran: «Señor, no dejes subsistir sobre la tierra ninguna, ninguna familia infiel, porque «si la dejáras, seducirian á tus siervos, y no «procrearían sino impíos é incrédulos.» (1) Se quiso esterminarlos; á su vez ellos querian esterminar á sus perseguidores. De mártires se convirtieron en verdugos.

Pronto, señalando su paso con torrentes

(1) Id. 680, 683.

de sangre, avanzaron hasta dos jornadas de Basora. Una consternacion inesplicable reinaba en la ciudad. Los habitantes, que como es sabido, confesaban de ordinario su cobardía con un cinismo repugnante; no podian contar más que con sus propias fuerzas y valor, pues era precisamente la época en que se habían emancipado de la dominacion de los Omeyas y aun rehusaban reconocer á Ibn-Zobair. Para colmo de desdichas habian sido lo bastante locos para poner á la cabeza del gobierno al coreiscita Babba, (1) hombre de escesiva corpulencia; pero de una completa nulidad. Sin embargo, como tenian que defender sus bienes, sus mujeres y su propia vida, la gravedad del peligro les dió un poco de energía y salieron en busca del enemigo con más pres-teza y valor de las que mostraban de ordi-nario, cuando era preciso combatir. Se vi-no á las manos cerca de Dulab, y se ba-tieron durante un mes. En uno de estos combates pereció Nafi, y los árabes por su parte perdieron los tres generales que se sucedieron en el mando y (2) fatigados al

(1) Compárese á Ibn-Khaldun, t. II, fól. 171 v. con Mobarrad, p. 688.

(2) Mobarrad p. 688, 690.

fin de tan larga campaña, descorazonados al ver que tantos combates no producian resultados decisivos, y debilitados por esfuerzos á que estaban poco acostumbrados, conocieron que habian tomado por fuerza su deseo y se volvieron á sus hogares. Hubieran inundado entónces todo el Irac los feroces sectarios, si Haritha no les cerrára el paso al frente de sus contributos los Ghoddan. «Vergüenza eterna sobre nosotros; dijo á sus compañeros de armas, si abandonamos á nuestros hermanos de Basora á la rabia feróz de los no-conformistas, y combatiendo como partidario, sin carácter oficial, preservo al Irac del terrible azote que le amenazaba.»

Pero como el peligro era siempre inminente, como Haritha podía ser vencido á cada instante y entónces nada impediría al enemigo penetrar hasta Basora, los habitantes de esta ciudad, no hallaron otro medio de salvacion mas que coaligarse con Ibn-Zobair y elegirlo Califa. Esto fué lo que hicieron, é Ibn-Zobair les envió un gobernador que confió el mando de las tropas á un hermano suyo llamado Othman. Al frente ya del enemigo, y viendo que tenía de su parte, la superioridad numérica,

Othman dijo á Haritha que se habia reunido con él:

—Y qué, es ese todo el ejército?

—Vos no los conoceis, os darán bastante que hacer, os lo prometo.

—Por Dios! replicó Othman con aire desdenoso, ántes de comer he de saber si saben batirse.

—Sabed, general, que una vez formados en batalla no retroceden nunca.

—Sé, que los iracanos son cobardes. Y vos qué sabeis de guerra Haritha?.... Vos sabeis otra cosa... Acompañó Othman estas palabras con un gesto significativo; y furioso Haritha, por haber tenido que sufrir de aquel extranjero, de aquel pietista el doble reproche de cobardía y de embriaguéz, permaneció inactivo con los suyos, sin tomar parte en el combate.

Víctima de su imprudencia, despues de haber visto sus tropas en fuga, pereció Othman en el campo de batalla. Iban á recoger los no-conformistas el fruto de su victoria, cuando Haritha, levantando del polvo el estandarte y formando á sus contributos en batalla detuvo el empuje de la hueste enemiga. Con razon decía un poeta: «Si Haritha no «hubiese estado allí, ningun iracano hubiese

«sobrevivido á esta fatal jornada. Cuando se pregunta: Quien ha salvado la provincia? Maaditas y Yemenitas contestan á una voz. —Él ha sido »

Desgraciadamente los pietistas que Ibn-Zobair envió sucesivamente á gobernar el Irac, no supieron apreciar á este hombre, el único sin embargo que en medio de la general vileza, habia dado pruebas de valor y de energía. Es, decian, un borracho, un incrédulo, y se obstinaban en rehusarle la posicion oficial que solicitaba y los refuerzos de que tenia absoluta necesidad para contener los conatos del enemigo. Estrechado cada vez mas el valiente guerrero, no pudo salvar su debilitado ejército, sino por una retirada que parecia una fuga. Perseguido por el enemigo, llega al pequeño Tigris y se mete precipitadamente en los barcos para atravesarlo. Iban ya estos por la mitad del rio, cuando oyó Haritha los gritos de angustia que proferia un bravo teminita que, habiendo llegado demasiado tarde para embarcarse, estaba á punto de ser alcanzado por el enemigo. Manda en seguida al barquero volver á la ribera. Obedece este, pero la orilla donde abordó era muy escarpada y el teminita pesadamente armado

se deja caer en la barca; el peso de la caída la hace sozobrar y todos perecen tragados por las olas, (1)

El Irac había perdido su último defensor y el enemigo avanzaba, ya se preparaba á echar un puente sobre el Eufrates. Muchos vecinos abandonaban á Basora, para buscar en otra parte un asilo, otros se preparaban á seguirlos, y el miedo que inspiraban «las cabezas peladas» era tan grande y tan universal, que no se encontró quien quisiera encargarse del mando del ejército. Mas entonces como por una inspiración del cielo, un mismo pensamiento se posesionó de todos los espíritus una misma palabra salió de todas las bocas: «Solo Mohallad puede salvarnos!» (2) y Mohallad los salvó. Era sin disputa un hombre superior, digno por todos conceptos de la admiración que le profesaba un héroe cristiano, el Cid, cuando en su palacio de Valencia se hacía leer los altos hechos de los antiguos héroes del islamismo. (3) Como nada escapaba á su penetración, comprendió desde luego que una guerra de

(1) Id. p. 698-700.

(2) Id. 701; cf. p. 593 y Ibn-Coteba, p. 203.

(3) Véanse mis «Recherches,» t. II. p. 25.

esta naturaleza, pedía en el general algo más que talentos militares, que para reducir á estos fanáticos dispuestos á vencer ó morir, y que, atravesados de parte á parte por las lanzas enemigas, se abalanzaban sobre sus enemigos gritando: «A tí venimos «Señor,» (1) era necesario oponerles soldados no sólo aguerridos y disciplinados, sino animados en el mismo grado por el entusiasmo religioso. Y obró el milagro: él supo transformar á los excépticos iracanos en celosos creyentes, persuadirles de que los no-conformistas, eran los enemigos más encarnizados del Eterno, inspirarles el deseo de obtener la corona del martirio. Cuando el valor vacilaba, atribuía osadamente á Mahoma, palabras proféticas que prometían el triunfo á sus soldados, (2) porque por un contraste singular, las artes de la impostura le eran tan naturales como un valor magnánimo. Desde entónces los soldados no dudaban y obtenían la victoria, convencidos de que le habia sido prometida por el cielo. Hubo pues, en esta

(1) Mobarrad, p. 623.

(2) Ibn-Khallican. Fasc. IX, p. 48, ed. Wüstenfeld.

guerra que duró diez y nueve años, (1) una emulación de violencia y de odio fanático, y no se podía decir cuál de los dos partidos se mostró más ardiente, más encarnizado, más apasionadamente implable. «Si «viera venir por una parte á los Dailamitas «paganos, y por otra á los no-conformistas, «se decía en el ejército de Moballab, me lanzaría sobre los últimos, porque el que muera, muerto por ellos, gozará en los cielos de «una aureola diez veces mas resplandeciente que la de los otros mártires.» (2)

Mientras que Basora necesitaba de todas sus fuerzas y de toda su energía para rechazar á los no-conformistas, otra secta, la de los Siitas inspiraba los más serios temores, tanto á los Omeyas como á Ibn-Zobair.

Si los principios de los no-conformistas, debian conducir necesariamente á la democracia, los de los siitas llevaban derechamente al mas terrible despotismo. No pudiendo admitir que el Profeta hubiera tenido la imprudencia de abandonar á la multitud la eleccion de sucesor, se fundaban en algunas espresiones bastante equí-

(1) Chahrástani, p. 89.

(2) Mobarrad, p. 704.

vocas de Mahoma para enseñar que éste había designado espresamente á Alí por su sucesor, y que el Califado era hereditario en la familia del esposo de Fátima. Consideraban, pues, como usurpadores, no solo á los Omeyas, sino tambien á Abu-Becre, Omar y Othman, y elevaban al mismo tiempo al Califa al rango de Dios, pues creían que ni pecaba jamás ni participaba de ninguna de las debilidades é imperfecciones de los hombres. De esta deificación del Califa, la secta que dominaba entónces y que había sido fundada por Cafan (1) liberto de Alí, llegó por una consecuencia lógica á la triste doctrina de que la fé, la religion y la virtud consisten exclusivamente en la sumision pasiva y en la obediencia ilimitada á las órdenes del hombre-Dios, (2) estraño y monstruoso pensamiento antipático al carácter árabe, pero nacido en el cerebro de los antiguos sectarios de Zoroastro, que acostumbrados á considerar en sus reyes y sacerdotes descendien-

(1) Algunos autores árabes identifican sin razon á Caisan con Mokhtar. Caisan llegó á ser más adelante jefe de la guardia de Mokhtar; véase á Ibn-Khaldun, t. II, fól. 176 v.

(2) Chahrastani, p. 108, 109

tes de los dioses de los génius y de las divinidades, trasladaban á los jefes de la nueva religion la veneracion que ántes concedian á sus soberanos. (1) Pues los siitas eran una secta esencialmente persa que se reclutaba con preferencia entre los libertos, (2) es decir, entre los persas. De esto viene tambien que esta secta diera á sus creencias el aspecto formidable de una guerra ciega y furiosa contra la sociedad, odiando á la nacion dominante y envidiándole sus riquezas estos persas le pedian su parte de bienes terrenos. (3) Sus jefes, sin embargo eran ordinariamente árabes que explotaban en su provecho la credulidad y el fanatismo de estos sectarios. En esta época se dejaban guiar por Mokhtar, espíritu al par audáz y flexible, violento y trapacero, héroe y malvado, tigre en la cólera, y en la reflexion raposa. Sucesivamente no-conformista, ortodoxo-Zobairita, como se decia entónces, y Siita, había pasado por todos los partidos, desde el que representaba la

(1) De Sacy, «Exposé de la religion des Druzes,» t. I, Introduction, p. XXVII.

(2) Tabari, «apud» Weil, t. I, p. 378 en la nota.

(3) Ibn-Khaldun, «passim.»

democracia hasta el que predicaba el absolutismo, y para justificar sus continuos cambios, muy propios para inspirar dudas acerca de su sinceridad y buena fé, se había creado un Dios á su imágen, un Dios esencialmenté mudable, que sabía, que quería y ordenaba mañana lo contrario de lo que habia sabido, querido y ordenado la vispera. Esta singular doctrina tenia además para él otra ventaja: como él se preciaba de predecir lo futuro, ponía con ella sus presentimientos y sus visiones al abrigo de toda crítica, pues si el éxito no las justificaba decía: «Dios ha cambiado de opinion.»

(1) Y sin embargo, á pesar de las contrarias apariencias, ninguno era ménos inconsecuente y ménos variable que él. De lo que sí cambiaba era de medios. Todas sus acciones tenían un único móvil: una ambicion desenfrenada, todos sus esfuerzos tendian á un sólo fin, el poder y el dominio y mando. Menospreciaba todo lo que los otros temían ó veneraban. Su espíritu orgulloso se cernía con una desdeñosa indiferencia sobre todos los sistemas políticos y creencias religiosas, que consideraba como otros tantos señuelos, inventados para engañar á la

(1) Chahrastani, p. 110.

multitud, como otros tantos prejuicios de que un hombre hábil, debe saberse servir para alcanzar sus fines. Pero aunque él representase todos los papeles con incomparable doctrina, el de jeque de los siitas, era el que más convenía á su génio. Ninguna otra secta había más simple y crédula, ninguna tenía ese carácter de obediencia pasiva que cuadraba á su génio imperioso.

Quitó por un atrevido golpe de mano Cufa á Ibn-Zobair, y en seguida hizo marchar sus tropas contra el ejército, sirio enviado contra él por el Califa Abdelmelic, que acababa de suceder á su padre Merwan. Solo esperaban esto para levantarse los de Cufa, que sufrían ardiendo en indignacion y en ira el yugo del impostor y de los persas «sus esclavos» como ellos los llamaban, (1) pero Mokhtar, supo ganar tiempo embaucándolos con protestas y promesas; lo aprovechó para enviar á su general Ibrahim, la órden de regresar en seguida. Cuando ménos lo esperaban, vieron los rebeldes á Ibrahim y sus siitas caer sobre ellos espada en mano. Así que la revolucion fué ahogada en sangre, Mokhtar hizo prender y decapitar á doscientas cincuenta personas cu-

(1) Ibn-Khaldun, t. II, fól. 179 v.

ya mayor parte habian combatido á Hosain en Kerdá. Sirvióle de pretesto la muerte de Hosain, pero su intento era quitar á los árabes el deseo de volver á las andadas. Guardáronse de hacerlo; para escapar al despotismo del hacha emigraron en masa.

Ordenando de nuevo á sus tropas que marcharan contra los sirios, nada descuidó Mokhtar para escitar su entusiasmo y su fanatismo. En el momento de partir les enseñó una silla vieja que había comprado á un carpintero en el módico precio de dos monedas de plata, que hizo cubrir de seda, y hacía pasar por el trono de Ali. «Este trono, dijo á sus soldados, será para vosotros lo que el arca de la alianza para los hijos de Isrrael. Colocadla en los más sangriento de la pelea, y sabed defenderlo. (1) Despues añadió: «Si obteneis la victoria, será porque Dios os habrá ayudado, pero no os desalenteis si espermentais un descabro, pues me ha sido revelado que Dios enviará entónces á vuestro socorro ángeles que vereis volar cerca de las nubes, en forma de pichones blancos.» Conviene saber que Mokhtar había confiado á sus más in-

(1) Mobarrad, p. 667.

timos confidentes, pichones criados en los palomares de Cufa, con orden de soltarlos cuando hubiere que tener mal éxito. (1) Estas avesservirían para avisar á Mokhtar la necesidad de proveer á su seguridad, y escitarian juntamente á los crédulos soldados á emplear todos sus esfuerzos para trocar en triunfo la derrota.

La batalla tuvo lugar en las riberas del Khazir, nó lejos de Mosul (Agosto de 686) Los siitas al principio llevaron lo peor. Entónces se soltaron los pichones. La vista de estas aves reanimó su valor, y cuando en su exaltacion frenética se precipitaron sobre el enemigo, con una rabia desenfrenada gritando: «Los ángeles! ¡los ángeles!» otro grito se oye en el ala izquierda del ejército sirio. Compuesta enteramente de caisitas, estaba mandada por Omair, ántes teniente de Zofar. La noche precedente había tenido una entrevista con el general siita. Plegando ahora su bandera, exclamó: «Venganza! Venganza por la Praderal» Desde entónces los caisitas permanecieron como espectadores inmóviles, aunque no indiferentes del combate, y al oscurecer el ejér-

(1) Id. p. 665.

cito sirio despues de haber perdido á su general Obaidallah, estaba en plena derrota. (1)

Mientras Mokhar se embriagaba con su triunfo, los emigrados de Cufa suplicaban á Mozab, hermano de Ibn-Zobair y gobernador de Basora que fuese á combatir al impostor, asegurándole que apenas se presentase, todos los hombres sensatos de Cufa se declararían á su favor. Cediendo á estos ruegos citó Mozab á Mohallab en Basora y juntos marcharon contra los siitas, obteniendo sobre ellos dos victorias y sitiando á Moktar que se habia refugiado en la ciudadela de Cufa. Vefa este inevitable la ruina de su partido; pero estaba decidido á no sobrevivirle. «Precipitémosnos sobre los «sitiadores dijo á sus soldados. Mas vale «perecer como valientes, que morir aquí de «hambre ó dejarnos degollar como corde- «ros.» Pero habia perdido su prestigio; de seis ó siete mil hombres, sólo veinte respondieron á su llamamiento y vendieron caras sus vidas. No aprovechó á los demás su cobardía. Eran, segun los emigrados, bandidos y asesinos, y el despiadado Mozab los

(1) Moharrad, p. 666, 667; Masudi, fól. 125 r y v.

entregó todos al verdugo. (687) Pero no gozó largo tiempo de su triunfo. Sin querer, había prestado al rival de su hermano un servicio importante, desembarazándole de los siitas, sus más terribles enemigos; Adelmelic, no teniendo ya nada que temer por este lado, hacía los mayores preparativos para atacar á los Zobairitas en el Irac. Para no dejar enemigos tras de sí, comenzó por sitiar á Carkisia, donde Zofar representaba un extraño papel. Ya pretendía combatir en favor de Ibn-Zobair, ya suministraba víveres á los siitas y les proponía marchar unidos contra los sirios. (1) Todos los enemigos de los Omeyas, por diversas que fueran sus pretensiones, eran para él aliados y amigos. Asediado por Abdelmelic, que siguiendo las advertencias de los kelbitas, mantenía prudentemente á sus guerreros caisitas fuera de combate, defendió su guardia con extrema obstinacion; una vez sus soldados llegaron á hacer una salida tan vigorosa, que penetraron hasta la tienda del Califa, y como éste tenía prisa de concluir para poder marchar contra Mozab, entabló negociaciones que rompió cuando la

(1) Ibn-Khaldun, fól. 174 v. 175 r.

destrucción de cuatro torres, le dió esperanzas de tomar la ciudad á viva fuerza y que volvió á reanudar cuando el asalto fué rechazado. A costa de algun dinero que se repartiría entre los soldados del Califa, Zofar, obtuvo las mas honrosas condiciones: la amnistía para sus compañeros de armas y para él el gobierno de Carkisia. (1) Para satisfacer su vanidad, estipuló además que no sería obligado á prestar juramento al Califa omeya hasta la muerte de Ibn-Zobair, En fin, para sellar su reconciliacion, convinieron entre sí que Maslama hijo del Califa, se casaría con una hija de Zofar. Éste, concluida la paz, fué al lado de Abdelmelic quien le recibió con muchas atenciones y le hizo sentar á su lado en su mismo trono.

(2) Era un espectáculo conmovedor ver á estos dos hombres tanto tiempo enemigos, darse las mayores seguridades de una amistad fraternal. ¡Apariencia engañosa! Para que la amistad de Abdelmelic á Zofar, se trocase en ardiente odio, bastaría recordarle un sólo verso. Un noble yemenita, Ibn-

(1) Ibn-Khaldun, no hace mención de esta cláusula, pero véase el «Nouveau Journ. asiat.», t. XIII pag. 305.

(2) Ibn-Khaldun, fól. 182 v. 183 r.

Dhi-'l-calá, entró en la tienda y contemplando el asiento de honor que ocupaba Zofar comenzó á llorar, y como el Califa le preguntára la causa de su emocion le dijo: «Príncipe de los creyentes, cómo no derramar amargas lágrimas cuando miro á ese hombre rebelde en otro tiempo contra vos, cuyo alfange destila aun sangre de mi familia, víctima de su fidelidad en serviros, cuando veo á ese enemigo de los míos sentado con vos en ese trono á cuyos piés «estoy?» Si le hice sentar á mi lado respondió el Califa, no es porque quiera elevarle «sobre tí; es sólo porque su lengua es la mía «y su conversacion me agrada.

«Informaron al poeta Akhtel, que en aquel momento estaba bebiendo en otra tienda, de «la acogida que el Califa dispensaba á Zofar. «Él odiaba, él aborrecía al ladron de Carkis, que muchas veces estuvo á punto de «esterminar toda su tribu de Taghlib. Voy «dijo, á darle el golpe que no he podido ases- «tarle Ibn-Dhi-'l-calá.» Y se presentó en seguida en casa del Califa, al que despues de haber mirado fijamente, recitó estos versos.

El licor que llena mi copa tiene los brillantes reflejos del ojo vivo y animado del

gallo. Él exalta, el espíritu del bebedor. El que bebe tres vasos sin mezclarle agua, siente nacer en sí el deseo de derramar beneficios. Marcha balanceándose muellemente como las encantadoras hijas de Corech, y deja flotar al capricho de los vientos los pliegues de su vestido.

—Á qué propósito vienes á recitarme estos versos? le dijo el Califa, Sin duda tienes alguna idea en la cabeza.

—Es verdad, ¡oh príncipe de los creyentes! muchas ideas me asaltan en efecto cuando veo sentado cerca de vos, en vuestro mismo trono al hombre que decía ayer: «Sin duda reposará la yerba sobre la tierra nuevamente removida que cubre los huesos de nuestros hermanos, pero nosotros no los olvidaremos jamás y guardaremos siempre para nuestros enemigos un ódio implacable.

A estas palabras saltó Abdelmelic como si le hubiera picado una avispa. Furioso, jadeando de cólera, brillando sus ojos con una rabia feróz, pegó á Zofar un violento puntapié en el pecho, y lo lanzó del trono.... Zofar confesó despues que nunca se había creído tan cerca de su última hora como en este instante, (1)

(1) Nouveau Journ. asiat. t. XIII, p. 304-307.

El tiempo de una reconciliacion verdadera no había llegado aun, y los caisitas no tardaron en dar á los Omeyas una nueva prueba de su ódio inveterado. Zofar había reforzado el ejército de Abdelmelic, que iba á combatir á Mozab con una division de caisitas, mandada por su hijo Hodhail, pero luego que estuvieron enfrente los dos ejércitos, los caisitas se pasaron al enemigo con armas y bagajes. (1) No tuvo sin embargo esta defeccion las sensibles consecuencias que había tenido la de Omair. Por el contrario la fortuna sonreia á Adelmelic. Ligeros y movibles los iracanos habian olvidado ya sus quejas contra los Omeyas; poco dispuestos, como siempre, á combatir por nadie, y no teniendo con más razon ganas de dejarse matar por un pretendiente que menospreciaban, abrieron los oidos á los emisarios de Abdelmehe, que recorrian el pais, prodigando el oro y las promesas mas seductoras. Mozab estaba pues rodeado de generales vendidos á los Omeyas, y que empeñada la batalla no tardaron en mostrar sus verdaderas intenciones. «Yo no quiero, le respondió uno cuando le mandó

(1) Ibn-Khaldun, fól. 181 v.

«cargar, que mi tribu perezca por una causa que nada le importa.»—«¿Qué, me mandais marchar contra el enemigo?» le dijo otro mirándolo con un aire burlon é insolente: «ninguno de mis soldados me seguirá, «y me pondría en ridículo si cargara sólo. (1) Para un hombre noble y valiente como Mozab, no había mas que un partido que seguir. Dirigiéndose á su hijo Isa, le dijo: «Marcha á decir á tu tio que los pérfidos iracanos me han hecho traicion, y despidete de tu padre á quien ya quedan pocos instantes que vivir.»—Nó, padre mio, «le respondió el jóven, no me reprocharán «los coreiscitas que os abandone á la hora «del peligro.» Padre é hijo se lanzaron á lo más empeñado de la pelea, y bien pronto sus cabezas fueron presentadas á Abdelmelic. (690)

Todo el Irac juró al Omeya. Mohallab que la misma víspera, ignorando todavía la muerte de Mozab, ya conocida de los no-conformistas, había declarado en una conferencia con los jeques de estos sectarios que Mozab era su señor en este mundo y en el otro; que estaba pronto á morir por él, y

(1) Ibn-Badrún, p. 189.

que el deber de todo musulman era combatir á Abdelmelic, hijo de un maldito. Mohallab imitó el ejemplo de sus compatriotas, luego que hubo recibido el diploma por el que el Califa Omeya le confirmaba en todos sus cargos y dignidades. Hé aquí de qué manera los iracanos, aun los mejores, comprendian el honor y la lealtad! «Decidid ahora vosotros mismos si el error está de vuestra parte ó de la nuestra; exclamaron los no-conformistas con justa indignacion, y «tened al menos la franqueza de confesar «que esclavo de los bienes de este bajo mundo servís é incensais á todo poder que os pague, hermanos de Satanás!»

CONSEJERIA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCIA

VIII.

Abdelmelic alcanzaba ya el objeto de sus anhelos. Para reinar sin competidor sobre el mundo musulman sólo le restaba conquistar la Meca, residencia y último asilo de su émulo. Esto era á la verdad un sacrilegio, y Abdelmelic se hubiera estremecido de horror ante el sólo pensamiento de realizarlo, si conservára todavía los piadosos sentimientos que le habian distinguido en su juventud. (1) Pero no era ya el joven cándido y entusiasta que en un arrebató de santa indignacion apellidaba á Yezid el enemigo del Eterno, porque se había atrevido

(1) Véase á Soyati, «Tarikh al-Kholafá,» p. 216 217, ed. Lees.

á enviar soldados contra Medina, la ciudad del Profeta. Los años, el comercio del mundo y el ejercicio del poder, habian agostado yá su candor juvenil y su fé sencilla, y se cuenta que el dia en que su primo Achdac dejó de vivir, ese dia en que Abdelmelic se manchó con el doble crimen del perjurio y del asesinato, había cerrado el libro de Dios diciendo con aire helado y sombrío: «Desde «ahora ya no hay nada de comun entre «nosotros.» (1) Así sus sentimientos religiosos eran bastante conocidos para que nadie se asombrára al saber que iba á enviar tropas contra la Meca; mas lo que á todo el mundo sorprendió fué que eligiera por caudillo de esta importante expedicion á un hombre salido de la nada, á un cierto Had-djadj, en otro tiempo maestro de escuela de Taif, en la Arabia, que se creia feliz si enseñando á leer á los niños «tarde y mañana,» llegaba á ganar con que comprar un pedazo de pan seco. (2) Conocido solamente por haber restablecido un poco la disciplina en la guardia de Abdelmelic, (3) por haber mandado una division en el Irac,

(1) Mobarrad, p. 635.

(2) Ibn-Coteba, 272.

(3) Ibn-Khallicán, t. I, p. 182 ed. de Slane.

donde la desercion del enemigo le habia quitado los medios de mostrar su bravura ó su cobardia, y en fin, por haberse dejado derrotar por los Zobairitas, (1) debió su nombramiento á una extraña circunstancia. Cuando solicitó el honor de mandar el ejército que iba á asediar á Ibn-Zobair, el Califa le respondió al principio por un «cállate» altivo y desdeñoso; (2) pero por una de esas anomalías normales del corazon humano, Abdelmelic, por lo demás poco creyente, tenía una fé firmísima en los sueños y Hadjadj sabía explotarla. «Yo he soñado, le dijo, «que desollaba á Ibn-Zobair,» y en seguida el Califa le confió el mando que solicitaba.

En cuanto á Ibn-Zobair, habia recibido con gran calma y resignacion la nueva de la pérdida del Irac y de la muerte de su hermano. Justo es decir que no dejaban de inquietarle los proyectos de Mozab, que en su sentir gustaba demasiado de darse aires de soberano, y tanto más fácilmente se consoló de esta pérdida, cuanto le daba la ocasion de desplegar sus talentos oratorios predicando un sermon que acaso nos parecería frio y rebuscado, pero que sin duda él ha-

(1) Ibn-Coteba, p. 201.

(2) Fakihí, fól. 401 r.

llaría muy edificante, en que decía sencillamente que la muerte de su hermano le había llenado á la vez de tristeza y de alegría: de tristeza, «porque se veía privado de un «amigo cuya muerte era para él una herida «tan penetrante, que no dejaba al hombre «sensato otro recurso que la resignacion y «la paciencia; de alegría, porque concediendo Dios á su hermano la palma del martirio, había querido darle un testimonio de «su benevolencia.» Mas cuando le fué preciso no predicar sino combatir, cuando vió á la Meca estrechamente cercada y entregada á los horrores del hambre más terrible, vaciló su valor. No porque careciera de ese vulgar esfuerzo que todo soldado, á no ser de extrema cobardía, posee en el campo de batalla, sino porque carecía de energía moral, así que, acercándose á su madre, mujer de una fortaleza verdaderamente romana, á pesar de sus cien años, la dijo:

—Madre mia; todo el mundo me abandona y el enemigo me ofrece aún condiciones bastante aceptables: ¿qué debo hacer?

—Morir, le contestó.

—Pero temo, la replicó con aire lastimoso, temo que si sucumbo bajo los golpes de

los sirios, sácien su venganza en mi cáver.

—¿Y qué te sé dá de eso? La oveja que ha sido degollada, ¿sufre cuando la desuellan?

Estas viriles palabras hicieron asomar el rubor de la vergüenza á la frente de Abdallah; y se apresuró á asegurar á su madre que participaba de sus sentimientos y que nó habia tenido otro designio que probarla... Pocos momentos despues volvió para darla el último adios. Ella le estrechó contra el corazon. Su mano encontró una cota de malla.

—Cuándo se está decidido á morir no se necesita esto, le dijo.

—No he vestido esta armadura sino para inspiraros alguna esperanza, contestó él algo desconcertado.

—Ya le he dicho adios á la esperanza; quitatela.

Abdallah obedeció. En seguida, habiendo pasado en la Caba algunas horas en oracion, éste héroe sin heroismo cayó sobre los enemigos, muriendo de una manera más honrosa que habia vivido. Su cabeza fué enviada á Damasco, su cuerpo atado á una horca con los piés para arriba.

Durante los seis ú ocho meses que había durado el sitio de la Meca, Haddjadj había desplegado un gran valor, una actividad infatigable, y para decirlo todo, una indiferencia hácia las cosas santas, que los teólogos no le han perdonado nunca, pero que prueba que se había consagrado en cuerpo y alma á la causa de su señor. Un día en que los sirios se ocupaban en tirar piedras á la Caba, levantóse una tormenta; doce soldados fueron heridos por el rayo. Poseidos de un terror supersticioso, se detuvieron los sirios, y ni uno solo quiso proseguir; pero Haddjadj, arremangándose al punto la ropa, cogió una piedra, la puso en la ballesta y movió las cuerdas diciendo con tono burlon y desenvuelto: «Esto no es nada, yo conozco este pais, pues hé nacido en él; aquí son frecuentes las tormentas.»

Tanta adhesion á la causa omeya merecía una brillante recompensa. Abdelmelic nombró á Haddajdj gobernador de la Meca y poco despues de todo el Hidjaz. Como era de origen caisita, su promocion hubiera probablemente inspirado sospechas y alarmas á los kelbitas si hubiera sido de nacimiento más ilustre; pero no era más que un advenedizo, un hombre sin impor-

tancia. Además los kelbitas podían también hacer valer servicios importantes prestados en el sitio de la Meca; la piedra fatal que había muerto á Ibn-Zobair había sido lanzada por Homaid Ibn-Bahdal, (1) uno de los suyos. Lo que acabó de tranquilizarlos fué que el Califa se complacía en alabar su bravura y fidelidad; que lisonjeaba y acariciaba á sus jefes en prosa y verso, (2) que continuaba dándoles los empleos con exclusión de sus enemigos, y en fin, que tenían en su favor á muchos príncipes, tales como Khalid, hijo de Yezid I, y Abdelazis, hermano del Califa é hijo de una kelbita.

Tampoco los caisitas carecían de protectores en la córte. Bichr, sobre todo, hermano del Califa é hijo de una caisita había heredado sus intereses y sus querellas; y como decía á cada paso que superaban á los kelbitas en bravura, sus fanfarronadas encendieron de tal modo la cólera de Khalib, que éste dijo un día á los kelbitas:

—¿No hay ninguno entre vosotros que se atreva á hacer una razia en el desierto de los Cais? Es preciso que se humille el orgu-

(1) «Hamasa,» p. 658.

(2) Véanse los versos de Abdelmelic citados en el «Rahian,» fól. 204 r.

llo de los príncipes que tienen por madres mujeres caisitas, pues que no cesan de pretender que en todos los encuentros, lo mismo ántes que despues del Profeta, los Caisitas han llevado la ventaja sobre nosotros.

—Yo me encargo de buena gana, le respondió Homaid Ibn-Bahdal, siempre que me garanticeis que el Sultan no ha de castigarme.

—Os respondo de todo.

—¿Pues qué hareis?

—Nada más sencillo. Sabeis que desde la muerte de Ibn-Zobair, los Caisitas no han pagado el diezmo al Califa. Yo os daré una orden que os autorice á cobrarlo y que se supondrá de Abdelmelic. De esta manera hallaréis fácilmente la ocasion de tratarlos como merecen.

Ibn-Bahdal se puso en camino, pero con una comitiva poco numerosa para no despertar sospechas, porque estaba seguro de encontrar soldados donde quiera que hubiese hombres de su tribu. Llegado entre los Beni-Abd-Wadd y los Beni-Olaim, dos sub-tribus de Kelb que moraban en el Desierto, al Sud de Duma y de Khabt, les comunicó el proyecto de Khalid, y habiendo declarado los más bravos y más determi-

nados de las dos tribus que no ansiaban otra cosa que seguirle, se internó con ellos en el Desierto despues de haberles hecho jurar que no habian de tener piedad para los caisitas.

Un hombre de Fazara, sub-tribu de Cais fué su primera víctima. Oriundo de una rica y poderosa familia, su bisabuelo Hodhaifa Ibn-Badr había sido el caudillo de los Dhobyan en la célebre guerra de Dahis; pero como la desgracia le hizo tener por madre una esclava, sus orgullosos contributos le menospreciaban de tal modo, que le habian rehusado darle sus hijas en matrimonio (lo que le había obligado á tomar mujer en una tribu yemenita) y no queriendo admitirlo en su compañía, lo habian relegado á los confines del campo. Este desventurado pária recitaba en alta voz las oraciones de la mañana, y esto fué lo que lo perdió. Guiados por ella los kelbitas cayeron sobre él, lo degollaron y uniendo el robo al asesinato, se apoderaron de sus camellos en número de ciento. Encontrando en seguida cinco familias que descendian tambien de Hodhaifa, las atacaron. El combate fué encarnizado y se prolongó hasta la noche, pero ya entónces todos los caisi-

tas yacian en el campo de batalla y sus enemigos los creian cadáveres. No lo eran sin embargo; sus heridas, aunque numerosas, no eran mortales, y gracias á la arena, que impelida por un fuerte viento del Oeste, vino á cubrirlos y á contener el derramamiento de sangre, escaparon todos de la muerte.

Continuando su camino durante la noche, los kelbitas encontraron á la mañana siguiente á otro descendiente de Hodhaifa denominado Abdallah. Este anciano iba de viaje con su familia; pero solo llevaba con él en estado de defenderse á su hijo Djab, que desde que vió llegar la banda kelbita cogió sus armas, montó á caballo, y fué á colocarse á alguna distancia. Cuando los kelbitas echaron pié á tierra, Abdallah les preguntó quiénes eran. Ellos respondieron que diezmeros enviados por Abdelmelic.

—Podeis enseñarme la órden que prueba lo que decís? preguntó el anciano.

--Ciertamente, le respondió Ibn-Bahdal; hé aquí la órden: y les mostró un diploma con el sello del Califa.

--¿Y cuál es el tenor de ese escrito?

--Aquí se lee: «De parte de Abdelmelic, hijo de Merwan, á Homaid Ibn-Bahdal. Al dicho Homaid Ibn-Bahdal, se le ordena por

la presente. ir á cobrar el diezmo á todos los beduinos que pueda encontrar. El que pague este diezmo y se haga inscribir en el registro, será considerado como súbdito obediente y fiel; el que rehuse hacerlo será tenido por rebelde á Dios, á su Profeta y al jefe de los creyentes.»

--Muy bien; estoy pronto á pagar el diezmo.

--Eso no basta; otra cosa es preciso.

--Cuál?

--Queremos que vayais en busca de todos los individuos de vuestra tribu, á recoger el diezmo de cada uno, y que nos señaleis el lugar á que hemos de venir á recibir el dinero de vuestras manos.

--Eso me es imposible. Los Fazara se hallan dispersos en una gran extensión del Desierto, yo no soy jóven y no podría emprender un camino tan largo: no tengo á mi lado más que á uno de mis hijos. Vosotros que venís de tan léjos, y que debéis estar acostumbrados á largos viajes, encontraréis á mis contributos mucho más fácilmente que yo; cada dia habreis de llegar á uno de sus campamentos, porque ellos se detienen donde quiera que hallan buenos pastos.

--Sí, ya lo conocemos. No es para buscar pastos para lo que se han dispersado en el

Desierto; es para evadirse del pago del diezmo. Son rebeldes.

--Os puedo jurar que son súbditos fieles; es solo para buscar pastos...

--Dejemos esto y haced lo que os decimos.

--No puedo; hé aquí el diezmo que debo al Califa, tomado.

--Vuestra obediencia no es sincera, porque mirad á vuestro hijo que desde lo alto de su caballo nos echa miradas desdeñosas.

--Nada teneis que temer de mi hijo; tomad mi diezmo y marchaos, si sois verdaderamente diezmeros.

--Vuestra conducta me demuestra demasiado que era verdad lo que se aseguraba que vos y vuestros contributos habeis combatido por Ibn-Zobair.

--No hemos hecho semejante cosa. Le hemos pagado el diezmo, porque nosotros los beduinos, extraños á la política, lo pagamos al que es dueño del pais.

--Probadme que decís la verdad, haciendo bajar á vuestro hijo de su caballo.

--¿Qué teneis que ver con mi hijo? Ese jóven se asusta viendo caballeros armados.

--Que baje, pues, que nada tiene que temer.

El anciano se dirigió á su hijo y le man-

dó que echase pié á tierra.

--Padre mio, le respondió el jóven, veo que sus ojos quieren comerme, quieren despedazarme. Dadle todo lo que querais, pero dejadme que me defienda.

Y volviéndose á los kelbitas, Abdallah les dijo:

--El muchacho teme por su vida. Tomad mi dinero y dejadnos en paz.

--Nada tomaremos mientras que tu hijo siga á caballo.

--No quiere obedecerme, y además ¿qué falta os hace?

--Bien, os rebelais. Esclavo, trae avíos de escribir! Ya hemos concluido. Vamos á decir al príncipe de los creyentes que Abdalla, nieto de Oyaina nos ha impedido cumplir nuestra comision para con los Beni-Fazaras.

--Os suplico que no hagais semejante cosa, porque yo no he hecho eso.

Pero sin atender á los ruegos del anciano Ibn-Bahdal escribió una carta, y dándosela á uno de sus caballeros, éste tomó al punto el camino de Damasco.

--No me acuseis injustamente de ese modo! Yo os conjuro en el nombre de Dios que no me presentéis como un rebelde á los ojos

del Califa, pues estoy pronto á obedecer sus órdenes.

--Haced que descabalgue vuestro hijo.

--Corren malas noticias de vosotros; pero ¿me prometeis que no le sucederá nada malo?

Los kelbitas se lo prometieron de la manera más solemne. Abdallah dijo á su hijo:

--Que Dios me maldiga si no te bajas del caballo!

Entónces Djall obedeció, y arrojando al suelo la lanza, se adelantó pausadamente hácia los kelbitas diciendo con acento triste:

--Este dia nos ha de traer una desgracia, padre mio!

Como el tigre juega con el enemigo que tiene bajo su garra ántes de matarlo, los kelbitas comenzaron á insultar y escarner al jóven, y luego lo tendieron sobre una roca para degollarlo. Durante su agonía, el desgraciado echó á su padre una última mirada llena á la vez de tristeza, de resignacion y de reproche.

Por feroces que fueran los kelbitas, los blancos cabellos del anciano les impusieron cierto respeto; no atreviéndose á degollarlo como habian hecho con su hijo, trataron de matarlo á palos, y le dejaron por muer-

to sobre la arena. Volvió á la vida, pero atormentado por el remordimiento, no cesaba de decir: «Aunque debiera olvidar todas las desgracias que he sufrido, la mirada que me echó mi hijo cuando le hube entregado á sus verdugos, esa jamás se apartará de mi memoria.»

El caballo de Djab, rehusó abandonar el sitio en que se habia verificado el asesinato. Con los ojos siempre fijos en el suelo y escarbando con la mano la arena manchada aun con la sangre de su amo, el fiel animal se dejó morir de hambre.

Otros asesinatos les siguieron. Entre las víctimas se contó Borda, hijo de un ilustre jeque de Halhala, y los sanguinarios kelbitas no volvieron á Damasco hasta que los caisitas, enterados de su verdadero objeto, se libraron de su ciego furor internándose en el Desierto.

Todos los kelbitas estaban ébrios de gozo y de orgullo, y un poeta de Djohaina tribu que como la de Kelb descendía de Codhaa, espresó estos sentimientos con singular energía y fanática exaltacion.

Lo sabeis vosotros hermanos míos, decía, vosotros los aliados de los Kelb? Sabeis

vosotros que el intrépido Homaid ibn-Bahdal, ha vuelto á los kelbitas la salud y la alegría? Sabeis qué ha llenado de vergüenza á los caisitas, que los ha obligado á levantar el campo? Para que lo hicieran deben haber sufrido terribles derrotas.... Privadas de sepultura yacen en el Desierto las víctimas de Homaid ibn-Bahdal; perseguidos por sus vencedores, los caisitas no han tenido tiempo de enterrarlas. Regocijaos hermanos míos! Las victorias de los Kelb son nuestras, ellos y nosotros somos las dos manos de un mismo cuerpo, cuando la mano derecha ha sido cortada en el combate, es con la derecha con la que se maneja el sable.

Grande fué también el gozo de los príncipes Omeyas que tenían por madres mujeres kelbitas. Desde que tuvo noticia de lo que había pasado Abdelazis, dijo á su hermano Bichr en presencia del Califa.

—Y bien, sabeis ya como mis tíos maternos han tratado á los vuestros?

—Qué han hecho? preguntó Bichr.

—Unos caballeros kelbitas han atacado y esterminado á un campamento caisita.

—Imposible, vuestros tíos maternos son demasiado viles y demasiado gallinas para ponerse con los míos.

Pero á la mañana siguiente Bichr, adqui-

rió la certeza de que su hermano había dicho la verdad. Halhala, Said y otro jefe de los Fazara, que habían llegado á Damasco sin capa, descalzos y con las ropas desgarradas, se abrazaron á sus rodillas suplicándole que les concediera su proteccion y tomara su causa en sus manos. Él se lo prometió, y llegándose á su hermano, le habló con tanto calor en favor de sus protegidos, que Abdelmelic á pesar de su ódio hácia los caisitas, le prometió tomar del sueldo de estos la indemnizacion pecuniaria debida á los de Fazara. Pero esta decision aunque conforme á la ley, no satisfizo á los últimos. No era dinero lo que querían, era sangre.

Habiendo rehusado el convenio que se les proponía, dijo el Califa: «Pues bien, el tesoro os pagará inmediatamente la mitad de la suma que os es debida, y si continuais siéndome fieles, lo que dudo mucho, os pagaré tambien la otra mitad.» Irritados con esta injuriosa sospecha acaso tanto más, cuanto que no podían asegurar que estuviese falta de fundamento, y resueltos además á exigir la pena del talion, estaban á punto de rehusar de nuevo cuando Zofar los llamó á parte y les aconsejó aceptar el